

canción de fragua

y la palabra se hizo carne
de yunque
y mano de hoz

y la palabra se hizo
a costa
de verdades como puños

y la palabra
a costa de sueño
con el yunque se hizo y con la mies

y a golpes de palabra clamó
al cielo
el reino de este mundo.

CINIZAS DEL MAR

LUCHO CALVO

Vi como en unos pocos segundos pasó la tormenta, como la montaña cuando cublorta de blanco y como —tal si se tratase de nieve sorprendida por la tormenta— fue dejando que primero en la cumbre y luego en toda ella se revelara su oscuro color. Me gustaba poetizar en lo posible la complejidad del mundo que tenía ante mí en la forma en que lo hacían los viejos pescadores con sus cuentos ochaba horas y horas al pie de la ribera, aun cuando no consiguiese la fuerza y simplicidad de sus metáforas. Ahora especialmente, hacerlo como me hizo tantos años trataba de enseñarme el mejor conocedor de la lucha y la complejidad del mar y la tierra, el Señor Pepe de Furnas. Hoy, como otros muchos años al rogar al borde del cantil, sentía la necesidad de dedicarle mis más sinceras consaciones ante el Océano al hombre que me había enseñado a temerlo y amarlo. Pero esta vez con más razón, porque desde hacía un momento el Señor Pepe de Furnas se había integrado como siempre fue su deseo a la complejidad del mar que mostraba su satisfacción con la más embravecida de las tormentas que le conocía. En medio de las aguas, la roca solitaria parecía un juguete de los vientos oscuros, casi negro, para inmediatamente dejar a la vista las blancas montañas. A figuras como ésta aludía normalmente el Señor Pepe de Furnas cuando miraba el mar embravecido, cuando al pie del cantil desafiaba los fuertes vientos del norte cargados de sabor a sufrimientos, a esperanzas y desesperaciones, a sal y frío, a algas y peces... El mar calmo, deseado para poder trabajar en él y sacar algún dinero, no era de su agrado; en esos casos siempre le ponía nombre de mujer —la mar, decía con un gesto despectivo—, y sentía por ella la misma pasión de la amistad inspirada en su bravura, convirtiéndola en amor. En malos casos no podía justificar las vidas sacrificadas en la lucha a muerte con el mar. Nadie lo conocía como él, sabedor de cuanto escondía las riberas entre las rocas, del significado de cada melodía del viento, las olas y las arenas... Y aún cuando soñaba con morir un día sorprendido en la marejada, siempre me aconsejó a temerlo, a respetarlo, a huir del peligro temerario. Para él darse honorariamente al mar sin luchar, dejarse llevar del embelesamiento que produce, era una traición a la propia honestidad de la lucha que planteaba. Una muerte así no podría contribuir nunca a la reconciliación de la tierra y el mar. Se lo decía aun esta mañana a Xiao. Ningún otro hubo que supiese tanto del mar,

me repetía volviendo la cabeza hacia mí mientras dejaba un momento el martillo detenido en el aire y la mano izquierda sostenía el cincel sobre uno de los bordes de la tapa del nicho sepulcral. No era seguramente aquella ola de verde muy oscuro que acabada de pasar sobre la Pena da Noca la primera que la había cubierto al subir la marea. Antes alguna otra había aceptado ya el ofrecimiento al gran mar de la tierra que le era más próxima. En el sonido del mar escuché también la voz del espíritu del Señor Pepe de Furnas que me agradecía lo que acababa de hacer como máximo exponente de nuestra profunda amistad y que me deseaba tuviese la suerte de encontrar quien hiciese otro tanto por mí llegado el momento. Murió en la cama después de toda una vida en el mar, refunfuñaba Xiao sin entender nada, como en un reproche, recordando una fecha veinte años atrás, cuando yo tenía aún diecisiete. Y llamaba locura a lo que estábamos haciendo en absoluto secreto en el cementerio. Golpeaba ahora sin parar sobre el cemento que sostenía la losa del nicho que ocupaban los restos del Señor Pepe de Furnas. Yo, sentado justo a sus espaldas en una caja de madera, miraba con curiosidad el trabajo del enterrador y pensaba en la tristeza de aquel hombre amante del mar que durante veinte años se había visto allí encerrado, alejado de las sensaciones del viento marino que en casi ochenta de vida le había llenado la cara de menudos surcos que la recorrían en todos los sentidos. No había un día en cuya madrugada no se aproximase a la ribera para ver el mar, decía Xiao como si yo no lo supiese. Era quizás un gesto aprendido de antiguo en su profesión para ahuyentar con cualquier disculpa los silencios llenos de historia del cementerio. Ciertamente muchas, muchísimas mañanas, había estado con el Señor Pepe al alborar al borde del cantil o abajo en la playa, arreglando los aparejos o atendiendo los cebos, o mirando sin más el ir y venir de las olas sobre la arena o el *coldo* (1). Pero también a media mañana, por la tarde, al atardecer o al caer el sol. Lo mismo que por las noches cuando íbamos a buscar pulga (2) para el día siguiente o a pescar congrios. Lo verdaderamente difícil era no encontrarlo al lado del mar o en una *chalana* (3). Por eso, cuando al final la losa fue a parar a las manos de Xiao, me levanté dejando caer la caja de madera, en un impulso de curiosidad. Allí casi no había nada. Todo el cuerpo esbelto y fortachón del Señor Pepe de Furnas había desaparecido. Quizá encontró una rendija para acercarse al mar, pensé. Quedaban en el nicho restos de la caja. Una cruz que le habían puesto sobre el pecho. La navaja que llevaba siempre al mar (no sé como pudieron dejársela ir, pero me alegré porque así pude quedarme con ella como seguramente sería su deseo), y

(1) Peñascal formado por cantos rodados.

(2) Por las noches suele recogerse la pulga de mar que al día siguiente se emplea como cebo para algunas especies.

(3) «Embarcación pequeña de fondo plano, que presta servicio en los puertos y se usa como auxiliar en las faenas de la pesca» (diccionario de Franco Grande).

... más. Le dije a Xiao que entregara aquella cruz a la familia al tiempo que le diera dos pequeñas cajas. Ya sabía para que eran. Una para meter los restos más pequeños de la caja, lo que todavía se pudiese salvar de la ropa o del calzado... y la otra para las cenizas y lo que quedase del cuerpo del Señor Pepe. Esta última sería para mí. La otra, debidamente envuelta, quedaría a un lado hasta que llegase el ataúd de un pariente suyo que yo había prometido morir y para el que se trataba de hacer sitio. Xiao no quiso cobrarme ningún favor y prometió guardar el secreto toda la vida, no porque lo que yo hacía era realmente bien, sino por lo que le convenía que la gente no lo supiese. Por eso inmediatamente me hizo jurarle que no hablaría de ella a nadie. Seguramente al Señor Pepe le agradaría que hiciésemos esto con su cuerpo, dijo todavía como para justificarnos no sé bien ante quién, pero creo que fundamentalmente ante los restos de aquel hombre, cuando yo echaba a andar con la cajita en las manos. Desde allí fui ya directamente a la ribera y no me detuve hasta llegar al borde del cantil. Fui casi corriendo porque aquel compañero difunto desde hacía tantos años, durante tantos alejado del mar, parecía pedirme a gritos que me diese prisa para permitirle de nuevo sentir sus latidos. Más despacio ya, pero sin detenerme un instante, bajé la ribera por el inclinado sendero que serpentea hasta llegar al fondo, cerca de la playa. Allí me esperaba una chalana. Puse la caja en ella. La eché al mar. Comencé a remar con un estremecimiento, con una emoción desconocida. Y aprovechando la marea baja salté como pude a la Pena da Noca con la cajita bajo el brazo derecho mientras con la otra mano cuidaba que el mar no me llevase la chalana que se encabritaba en el extremo de la playa. Abrí la caja con mucho cuidado. Pero en ese mismo instante, en una emoción inmediata, las cenizas saltaron al aire y se fueron a acostar sobre las olas embravecidas. Algunos restos quedaron aún en ella y los vertí sobre la roca. Con muchas dificultades pude regresar a la chalana que las aguas golpeaban contra aquel trocito de tierra y regresar a la playa. O Señor Pepe diría al contemplar desde el cantil la Pena da Noca bajo las olas y la espuma, que parece una montaña cubierta de nieve que se derrite y resbala desde la cumbre por las laderas hasta dejar de nuevo al descubierto su oscuro color.